

Qué existencia tan triste debió ser la de la pobre Pilarcilla viviendo siempre entre aquel par de tías, altas, flacas, tiesas, de rostros austeros, y el viejo sacerdote que tenía la nariz acaballada como la de Pilar, sobre una cara cuadrada de líneas duras. Eran fanáticos, de costumbres rígidas como sus figuras.

—A veces siento que los odio, continuó Pilar. Han hecho de mí una infeliz muchacha!

Me contó haber estado en el Colegio de Sión, donde nunca tuvo amigas porque su carácter era desconfiado y arisco y sus compañeras casi todas de familias ricas, interesadas y orgullosas. Que allí había leído novelas que la hicieron entrever campos que su espíritu deseó, pero por los cuales no pasó jamás. Si no hubiera sido por aquella anemia que ya pronto acabaría con ella, la hubieran hecho hermana de la caridad ó monja. De la casa á la iglesia, siempre vigilada por una de sus tías, así habían transcurrido los mejores años de su juventud. Ahora que ya estaba vieja y enferma le daban libertad. Ya para qué?

—La mayor parte de mis compañeras de Colegio se han casado, tienen hijos; las muchachas del pueblo de mi misma edad se han casado también; algunos de los chiquillos que han pasado llevando jaulitas con pájaros son hijos de ellas. Yo estoy sola... sola... nunca tuve amigas, nunca ningún hombre me ha querido, ni me ha dirigido una palabra cariñosa!...

Le contaré, añadió bajando la voz: hace unos cuantos años me entró un gran amor por aquel "corazón de Jesús", del tamaño de un hombre, que hay en la iglesia. Me sonreía y me ofrecía el gran corazón rojo que se abre en su pecho. A sus pies pasé largas horas contemplándolo. ¡Parecíame tan hermoso con su cabellera y su barba rubias y su rostro tan blanco. ¿Quiere creer? Yo sentía celos cuando

veía que á todos sonreía como á mí. Luego me cansó su quietud, la eterna y dulce sonrisa de sus labios y el perenne ademán de ofrecer el corazón.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y así permaneció un rato. Cuando la levantó, ya las líneas de su rostro se habían suavizado y los ojos estaban apagados por aquella su expresión de mansedumbre.

—Qué importa todo eso. Pronto moriré, ya lo sé, y todo acabará. Lo deseo con toda mi alma; en el seno de la tierra no debe hacer falta el amor. ¿No le parece? Esta es mi esperanza.

Tomó de nuevo su labor y continuó bordando los pájaros y flores descoloridos y tristes como los que poblaban su pobre imaginación de desesperanzada.

Yo me sentía llena de pena mirando la flaca figura encorvada con el pecho enjuto levantado por la respiración ansiosa.

Me despedí. Ya en la calle miré de nuevo por la ventana aquella cabeza que se inclinaba como una flor marchita. Se había recogido el cabello lacio oscuro en un moño arriba de la nuca, y las líneas del cuello se distinguían precisas, uniendo pobremente la cabeza con el tronco descarnado. Ya más lejos volví los ojos para verla otra vez y el perfil amarillento con su gran nariz se distinguía muy bien á través de los barrotes de la ventana.

Pobre muchacha! Mientras caminaba la pensé muerta y casi me alegré, con una penosa alegría: estaba muerta, descansando en su ataúd en el medio de la iglesia, con el rostro de momia iluminado por la luz de los cirios. Entretanto el órgano llenaría la iglesia de música grave, y en su nicho el corazón de Jesús seguiría sonriendo con su inútil sonrisa y mostrando el corazón sagriente que no puede dar amor á los que tanto lo necesitan en la vida.

CARMEN LIRA

---

En breve pondremos á la venta tapas para empastar RENOVACION